

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 11 de Septiembre de 1892.

Núm. 125.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

¿Y por qué no había de ser, señor, todo el año feria? Esta pregunta me he hecho al ver en aquestas fiestas tanta vida y movimiento, tanto correr la mona, tantas mujeres hermosas murcianas y forasteras como han hecho de estos días de la sultana poetica del Segura, un ramillete de flores á cual más bellas.

El tiempo, compadecido sin duda de nuestras penas, ha sido en esta ocasión amigo, pero de veras, no empañando el horizonte ni la nube más ligera, y luciendo un sol espléndido que alegraba nuestra feria.

Debemos de hacer constar dicho sea en honra nuestra, que á pesar de haber habido grandísima concurrencia en estos días de toros, no ha ocurrido que se sepa desgracia que lamentar ni cuestiones ni quimeras de esas que suelen concluir por dramas ó por tragedias

Todo esto habla en pró de la murciana tierra y de sus autoridades que constantemente velan en esos días de bromas de *bebias* y de *juergas*.

RAMON BLANCO.

MI NIÑA

En los granadinos cármes, respirando el tibio ambiente perfumado por las mil flores de sus jardines, oyendo los dulces trinos de los ruiseñores que en el bosque pululan, y los murmullos del arroyuelo mezclados con las sentidas endechas que enamorada mozuela lanzaba al viento, acompañándose con la morisca guitarra; tendido en el césped, viendo á lo lejos la Alhambra de pintorescas faldas cubiertas de exuberante vegetacion, proyectar su fantástica silueta en el delicioso Valparaiso, sumido en dulce abandono, mi fantasía mostrábame el recuerdo de mi niña, que en lejanas tierras se hallaba.

A bordo de voladora balandra viendo desaparecer las costas, internándome mas y mas en el mar, dejando tras de nuestra barquilla, fosfórico rastro, avanzando sin cesar hasta ver surgir del seno del dormido mar, los ténues y plateados rayos de la argentada luna que lentamente sube al zénit precedida de hermosísimo lucero; acordábame con melancólico placer de mi querida niña que ausente de mi estaba.

Vosotros, compañeros queridos de LITERARIA JUVENTUD juzgareis si merece que me acuerde de una mujer como esta que vais á ver.

Figuraos una trigueñita de veinte años, con unos ojos más grandes que mi deseo, más hermosos que el sol, cuyo fulgor sino estuviera velado por sedosas pestañas, quemaría como el astro rey; con una boquita de coralinos labios que al sonreír deja entrever blanquísima fila de menudos pifones, con un hoyuelo seductor, nido de castos amores; de blonda y rizada cabellera que sobre su alabastrino cuello cae en hechiceros bucles; de nivea y preciosa garganta que permite adivinar los encantos que en su busto escultural ate-

sora; de breve pié y mano de hada; cuyo perfumado aliento me recuerda los fragantes aromas de las cubanas flores; cuya argentina voz la asemeja al susurro de cántico de hurí; mas gallarda que la altanera seiba y mas gentil que la enhiesta palma.

Una mujer modesta como humilde violeta, pura como el lirio; buena como el fruto del cocotero, que bajo verdosa apariencia oculta néctar y ambrosía; una mujer honrada y virtuosa como la primera, que me anima con su ejemplo, me alienta con su presencia, me consuela si estoy triste y abatido, que se alegra con mis alegrías y se apena con mis pesares, mi niña que me quiere, ¿creéis compañeros de JUVENTUD que merece el recuerdo que hoy le dedico?

No extrañareis que al contemplar extasiado las maravillosas creaciones del arte oriental reunidas en primorosa estancia, llena de estalactitas de oro y nácar, de alicatadas y sorprendentes combinaciones, al ver en el Alcázar Nasarita el Mirador de Lindaraja, morada predilecta de la sultana favorita; lo mismo que al admirar desde la enhiesta Vela la sin par Garnatha, cuya famosa vega semeja manto estendido al pié de la ciudad altiva, cuyas torres y alminares se elevan al diáfano cielo tachonado de refulgentes estrellas, y ver al lado opuesto brillar las niveas cumbres de la Sierra, cuya gigantesca sombra envolvía en ténue opacidad sus inmensos contornos; no extrañareis que deseara poseer tales preciosidades, para ofrecerlas á mi niña, cuyo recuerdo me embargaba.

Solo me resta deciros, compañeros de JUVENTUD LITERARIA, á quienes en estos renglones saludo, que os deseo encontréis una niña como la mía que Dios me conserve eternamente.

Salud y felicidad.

ANTONIO PEREZ PIMENTEL.